

¡SOCORRO! SE ACERCA LA NAVIDAD

Me resistía a escribir sobre el tópico de la Navidad, pero al fin, he caído en la tentación. Porque para mí, la tentación de escribir es irresistible.

En el belén de este año deberían aparecer encarnados, en la figura del célebre *caganer*, los más importantes corruptos del país cagando en sus respectivas comunidades autonómicas. El nacimiento sería el de un niño Jesús negrito en una patera, mientras la Virgen y san José se ahogan en el mar. Los Reyes Magos estarían encarnados por los mandamases de los tres países más ricos del mundo, a los que les trae sin cuidado lo que les sucede a los de la patera.

Papá Noel participa en este auto sacramental llamando con su campana a la gente para que consuma todo lo consumible y le dé las sobras a un pobre. Y a todas horas, para animar a la gente, el implacable bombardeo a través de la radio y de la televisión con las sempiternas consignas navideñas predicando amor, amistad, buenos sentimientos y felicidad con el único objetivo de aumentar las ventas de teléfonos móviles, turrone, juguetes, perfumes y complementos. Es el momento cumbre en que la locura del consumo incontrolado se apodera de todos, mientras los cinco

millones de parados asisten a este festival del despilfarro con la boca abierta por el hambre, que sólo aliviarán los comedores de Cáritas.

El cine americano tuvo siempre un filón inagotable con las historias de navidades blancas cantadas por Frank Sinatra, ante al árbol de navidad cargado de regalos. Junto a él, aparece la familia del Tee Party, personajes rubios y acaramelados, incluido el perro, sentados frente a la chimenea de un confortable hogar americano mientras, a través de la ventana, caen copos de nieve de algodón sobre esa sociedad violenta y armada hasta los dientes que, con el *In God we trust* impreso en el papel moneda, expresa su confianza en dios. Un dios, que por lo visto no se ocupa de los negros.

En el cine español la Navidad siempre fue más capertovetónica y nada mejor que la película *Plácido* de Berlanga, con música de villancicos, señores barrigudos fumando un puro y señoras con abrigo de visón, mantilla y bolso de cocodrilo practicando la buena obra de “siente un pobre a su mesa”. Y al final de la película, Plácido no puede pagar la letra del motocarro y se muere el pobre que querían casar a toda costa con la desvalida mujer con la que vivía en pecado. Y al tiempo que sigue la pantagruélica cena de Navidad en casa del rico, Plácido y su familia montados en el motocarro se pierde en la Nochebuena mientras los niños cantan:

“Porque en este pueblo ya no hay caridad y nunca la ha habido y nunca la habrá”. La palabra “Fin” cierra en negro la película para ocultar el egoísmo de una sociedad puramente consumista en la que ya sería hora de cambiar la palabra caridad por justicia social.

José Miguel Borja